

ENCUESTAS Y ELECCIONES. UN CONTEXTO GENERAL

Miguel Basáñez

WAPOR

Quisiera desde luego felicitar por la iniciativa y agradecer la invitación del IFE y de ustedes. Me parece que es una iniciativa de la mayor importancia.

Lo que yo quisiera presentar, más que datos, la materia que a todos nosotros nos apasiona, es concentrarme en una reflexión: México, sin duda, dio en esta elección un muy importante paso adelante. El IFE y los encuestadores somos una pieza central de ese logro y nos da oportunidad de meditar sobre el significado de nuestro trabajo y sobre la responsabilidad social que este trabajo de encuestas implica.

Voy a dividir mi exposición en dos partes. En la primera, quisiera hacer un testimonial del poder transformador de las encuestas. La misión que cumplieron las encuestas en el impulso de la democracia mexicana y muy brevemente compartir con ustedes algunos trazos que a mí me tocaron vivir. Y en la segunda, quisiera referirme a la contribución que las encuestas mexicanas, o más bien, los encuestadores mexicanos, podemos hacer al conocimiento, a la cultura y a las prácticas de la comunidad internacional. Me explicaré más adelante.

Antes de iniciar déjenme compartir con ustedes que en todos los foros internacionales que como presidente de WAPOR, la Organización Mundial de Opinión Pública, tengo la oportunidad de participar, presumo el gran trabajo de mis colegas, los encuestadores mexicanos. Lo he dicho en otras ocasiones. Yo soy beneficiario de sus éxitos. Son sus éxitos los que me llevaron a la presidencia de WAPOR y me hace sentir muy orgulloso. La comunidad internacional está muy orgullosa de los encuestadores mexicanos y yo creo que tenemos motivos de sobra para estar, también, orgullosos de nosotros mismos. Pero la pregunta que nos convoca es: ¿Nos equivocamos en el 2000?

Yo diría sí y no. Me explico. A los ojos de la comunidad internacional acertamos e hicimos una contribución mayor, pero a los ojos de la comunidad nacional no. ¿Por qué? Porque en el extranjero no se percibió el detalle de

la guerra de encuestas, en el extranjero se percibieron los grandes trazos que nosotros estuvimos dando. Es decir, el extranjero percibió que había una elección en donde iba el PRI, el partido tradicional, mayoritariamente arriba, hasta un momento en donde las dos principales fuerzas se empezaron a acercar y la tercera se rezagó. Donde se cerró la elección y llegó al punto donde cualquiera de los dos, a los ojos de la comunidad internacional, podía ganar la elección. De manera que si Fox ganaba o Labastida ganaba era una elección válida.

¿Cuál es la contribución que me parece que nosotros como encuestadores logramos para el país? Que quitamos el factor central de las cinco crisis que azotaron a México desde 1968: el factor sorpresa. Aquel que desataba fenómenos de opinión pública, que arrastraban al país a situaciones de crisis.

Las encuestas eliminaron el factor sorpresa, dieron en el extranjero una clara imagen de que estábamos en el punto de las democracias donde la incertidumbre sobre el triunfo final es un elemento central. Dimos la impresión de que habíamos llegado al umbral de una madurez, que luego la elección misma, las encuestas de salida, el IFE, la conducta del Presidente, los reconocimientos de los candidatos perdedores, dieron evidencia de esa impresión que nosotros como encuestadores habíamos dado primero.

Los más viejos de este grupo tal vez recuerdan que a mí me tocó estudiar particularmente las crisis anteriores. Varios de quienes leyeron aquel artículo de 1993, "La Quinta Crisis", publicado en Este País, me preguntaban por qué no escribía sobre la sexta crisis. Mi respuesta era: porque no veía los elementos que había visto seis años antes.

¿Quiero con esto decir que la ausencia de una sexta crisis es definitiva? No, en nuestro campo no podemos hablar de certidumbres totales. Pero no veo, repito, elementos de una sexta crisis como los hubo cinco veces antes y en esta ocasión es un éxito colectivo de todos nosotros en la construcción de esas evidencias.

TESTIMONIO PERSONAL

Paso al testimonial que refería antes, yo lo llamaría de las dudas y las certidumbres. En alguna forma, parte central de nuestra actividad. Somos destructores y constructores. Somos hijos de una cultura de certidumbres blandas, de la anti-duda y por lo mismo de la anti-ciencia. Las encuestas entran en el centro de ese triángulo y cambian la posición del conocimiento, la ciencia, la academia, las prácticas económicas, políticas públicas en general. Veo al gremio de los encuestadores con una responsabilidad social mayúscula en la construcción del nuevo México que se inició el 2 de julio pasado. Pero el 2000 no se entiende sin el movimiento estudiantil de 1968 y sin la revolución electoral de 1988.

¿Cuál es mi testimonio? Yo nací en un pequeño pueblo, Tuxpan, en la costa de Veracruz. Ahí viví en la libertad plena, que no todos los que viven en el Distrito Federal pueden gozar. La de niños que se mueven en las calles sin ninguna restricción.

Ahí, por razones que no es ahora momento de explicar, desarrollé una pasión por las matemáticas que me llevaron a la ambición de ser físico, pero estudié Derecho. ¿Por qué?, así son las cosas, las aspiraciones de familia que me llevaron a la UNAM. A la Facultad de Derecho, de donde egresaban los presidentes de la República y no tenía duda de que, 25 años después, yo podría ser Presidente. Tenía, por lo tanto, que prepararme para serlo. Conocer a México, a los mejores colegas que pudiera, identificar quienes tuvieran las mismas pasiones y construir los mejores equipos, porque era desde adentro del gobierno donde se podían lograr las grandes transformaciones de México.

El gobierno es un excelente entrenador, me dio la oportunidad de pasear por una variedad de instituciones. Estuve en el Banco de Fomento, en Ferrocarriles, en Patrimonio, en la Procuraduría, en Lecumberri, en Conciliación y Arbitraje, en Agricultura, en Reforma Agraria, en la Presidencia, en un gobierno estatal. Conocí gente muy valiosa, muy comprometida y esto me construyó una enorme certidumbre blanda, México empezaba y acababa en el PRI, no tenía la menor duda. En 1976 apareció el Conacyt y me dio oportunidad de salir dos veces del país para estudiar. Los estudios en el extranjero empezaron a destruir mis certidumbres blandas. Primero una maestría en administración, después un doctorado en ciencia política. Empezaron a poner dudas sobre ese conocimiento supuestamente sólido de lo que el PRI y el gobierno aportaban. Las encuestas fueron una forma neutral, objetiva, imparcial, de extraer conocimientos nuevos que desafiaban el conocimiento institucional, sin ser tan riesgoso para un joven funcionario.

En 1974, en la Secretaría de Agricultura, hice mi primera encuesta. Mi fuerte entonces no era la Academia Americana, sino la Academia Francesa. Esa encuesta fue lo que ahora llamaría una encuesta de clima organizacional. Había un conflicto muy fuerte en la Secretaría de Agricultura entre la comunidad científica y la estructura de autoridad. Esa primera encuesta fue esencial en la toma de decisiones y en la resolución de ese conflicto. Ahí me percaté del potencial transformador de las encuestas.

En 1982, en el puesto que ocupaba Ulises Beltrán en la Presidencia de la República, hice una segunda encuesta nacional, la de la nacionalización de la Banca. En alguna ocasión que propuse al Presidente por qué no hacíamos encuestas de opinión pública, la respuesta fue: "¿qué le preguntamos al público? No sabe, preguntémosle a los expertos". Pero el país evoluciona y las prácticas evolucionan. El trabajo enorme que ha hecho Ulises Beltrán en esa posición es una evidencia y contribuyó a estos importantes avances.

Cuando cada nueva encuesta me resolvía dudas anteriores, pero me generaba nuevas dudas, esa certidumbre y esos objetivos de juventud que había trazado se fueron cayendo. Tomé en 1983 la decisión de dejar del gobierno. Fue una decisión extraña, que se cumpliría cinco años después en 1988, cuando Del Mazo fuera nominado a la Presidencia de la República. El testimonio de este pasaje ya ha sido ventilado antes.

Ahí empezó una nueva etapa, un nuevo ciclo, de este testimonial. El descubrimiento de nuevos colegas de viaje, nuevos amigos. Ahí empecé a conocer a gente valiosísima en el PAN, en el PRD, en la iglesia, entre extranjeros y mis nuevos socios: un matemático y una antropóloga.

Las encuestas entraron en su apogeo y llegamos a una historia colectiva de éxito. Ahí entramos todos nosotros y esa parte es conocida para todos. El éxito, desde luego, atrae mucha gente y atrajo mayoritariamente a gente valiosa, que aquí están. Desde luego, puede entrar algún farsante o algún principiante perpetuo. Pero, por fortuna, en nuestro gremio es la excepción.

Menciono este punto porque encuentro entre nuestra comunidad y la periodística, otra comunidad importantísima en cualquier país moderno, paralelismos a subrayar. No puede haber un país democrático donde exista una relación perversa entre prensa y poder, entre prensa y sociedad. Tampoco puede haber un país moderno donde exista ignorancia fáctica. Nosotros somos destructores de esa ignorancia fáctica.

Este es el testimonio que he querido compartir con ustedes. No tengo duda de que cada uno de nosotros, en nuestra práctica diaria está consciente de que estamos haciendo una contribución. Pero creo importante transmitir a los jóvenes que nos siguen en nuestros equipos y

que se incorporan a nuestra actividad, en las ocasiones que podamos, que más allá de la práctica profesional diaria, hay una trascendencia en cuanto que estamos generando nuevos conocimientos y nuevas instituciones.

CONTRIBUCIÓN COLECTIVA

Déjenme pasar a la segunda parte del papel que creo que podemos cumplir. La contribución que los encuestadores mexicanos podemos hacer al conocimiento, la cultura y las prácticas de la comunidad internacional.

Hemos llegado a este momento porque México tiene una posición envidiable en el contexto mundial. En el trabajo que con la Universidad de Michigan he tenido la oportunidad de desarrollar en la investigación mundial, se apunta a la existencia de dos grandes vertientes culturales, valorativas, axiológicas. México se inscribe en la vertiente que persigue, que beneficia, que privilegia, la amistad, el disfrute, la belleza, el arte, frente a la otra vertiente mundial que privilegia la industria, la producción, la economía, la precisión. Ello nos alinea con el mundo latino, hindú y árabe y nos refleja en una relación cuasi-invertida con el mundo protestante, judío, y con el mundo confusionista-shinto, que constituyen la otra vertiente.

En el mundo de los latinos nuestra posición como país es de envidia por nuestra vecindad y geografía. Tenemos una interacción con el país, en este momento, más poderoso de la tierra que nos comunica sus prácticas; que entrena a nuestros desempleados que espontáneamente acuden a sus "cursos" de tres, cuatro, cinco años en los Estados Unidos; que aprenden un poco de su idioma, un mucho de sus prácticas, un algo de su cultura y que regresan o se quedan.

Como es conocido por nuestras encuestas, 50 por ciento de nuestra población tiene un familiar viviendo o trabajando en los Estados Unidos; un tercio de los mexicanos ha visitado los Estados Unidos y los hispanos seremos en un par de años la primera minoría más importante de los Estados Unidos. Cuando comparamos la fuerza de la comunidad judía o de la comunidad cubana en el quehacer público de los Estados Unidos, es muy fácil ver que la comunidad mexicana, será la más influyente en el quehacer público de los Estados Unidos.

Todo esto nos da una posición especial en el mundo, en el grupo de países de la vertiente cultural a la que pertenecemos. América Latina sin duda es mucho más que México, pero México es quien tiene la posición envidiable a la que me he referido.

No es tanto lo que podemos aprender directamente de los grandes avances del mundo occidental, en particular del mundo norteamericano. No hay que perder de

vista que su democracia requiere de elementos de los que carecemos. Requiere que a la gente le guste hablar en voz baja, que le guste atender a una por una de las personas. Esa no es la "pasta" de nuestra naturaleza latina, somos sociedades de risa estrepitosa, somos una democracia tropical. ¿Qué que quiero decir con ello? Que hay elementos centrales en nuestra cultura, en lo que nos motiva a actuar todos los días, a todas las personas, que no podemos extraer como conocimientos de la investigación que realizan en los países de Europa occidental o de norteamérica.

Esos conocimientos, esas prácticas, las tenemos que capturar los encuestadores. La investigación social no se agota en las encuestas. No son la única forma de investigación social. Pero las encuestas son un poderosísimo instrumento de mostrar nuevas verdades, de destruir mitos, de construir nuevas certidumbres y en ello es en donde estamos comprometidos todos nosotros.

México ha sido un país de monolitos. No de monopolios, pero se parece. Monolitos en la iglesia, en la política, en la cultura, en la educación. Nuestra labor, nuestro trabajo destruye monolitos. Pero una sociedad no puede ser sólida únicamente con la fase destructiva, requiere también de la fase constructiva. Esa parte está, también, en nuestras manos. Observadores comparativistas de la política internacional han sugerido que México está en un punto similar a la transición del mundo soviético.

Es cierto que esto nos da la oportunidad de reconstrucciones. Pero no estamos ni de lejos en el caso del modelo soviético. Ahí no existían los conocimientos básicos que en México hemos construido desde hace muchísimos años. En el mundo soviético no existían administradores ni contadores ni los aspectos más elementales para poder emprender un cambio institucional, como el que los puso en el derrumbamiento del Muro de Berlín. No es el caso de México.

Ello nos indica que esa posición de privilegio que tiene México en el contexto mundial, nos compromete a todos los encuestadores en dos misiones, que son las que encaramos en este momento. Hacia adentro, la construcción de la nueva relación prensa-sociedad. Hacia afuera, la generación de los nuevos conocimientos del mundo latino, hindú, árabe, a nivel mundial, frente al espejo de las culturas industriales. No hay tiempo ahora de elaborar este punto en más detalle. Será materia de ocasión futura.

Estoy seguro que así como en esta travesía de 1988 a 2000 logramos emparejarnos a los avances mundiales (y por fortuna la respuesta social corona con éxito esas aspiraciones), así que la comunidad encuestadora mexicana va a responder al reto que nos ofrece en el contexto mundial. ■